INFORME ESPECIAL

EL MUNDO Y AMERICA

Guevara: ¿Muerto o fantasma?

En la oscura lavandería que hace de morgue al hospital Señor de Malta, en Vallegrande, sobre el borde de una pileta de cemento, la boca entreabierta de un cadáver dibuja una leve sonrisa. La única puerta despeja una luz siniestra. No hay ventanas. Sólo cuando los focos de la televisión alumbran el cuerpo, se advierte en el dorso de la mano izquierda una exquisita cicatriz. Los ojos verdes, abiertos, casi artificiales, la barba espesa igual que el cabello, los dientes perfectos, el pecho desnudo y limpio, las manos cuidadas como los pies; cuando el cadáver llegó al hospital, calzaba mocasines de cuero con las puntas destrozadas y cuatro pares de medias verdes. Debajo de la pileta, a los costados, otros dos muertos, Julio y Arturo, como los llama el escueto, insensible parte militar.

Un vecino del pueblo murmura, mientras se santigua: "Que el Cielo me perdone, pero parece Jesucristo con los dos ladrones".

Según el Ejército de Bolivia, Jesucristo era Ernesto Che *Guevara.*

Ocurrió el lunes 9 de octubre, al caer la tarde, en un pueblito de aspecto colonial, invadido por el calor y por la que, de confirmarse, será la noticia del año: la muerte del guerrillero argentino, ex Ministro de Industrias del Gobierno Castro, desaparecido en marzo de 1965, visto en un par de continentes —a veces al mismo tiempo en uno y el otro—, supuestamente eliminado por el propio Fidel Castro, a causa de una diferencia esencial en la conducción del proceso ideológico de Cuba.

Entonces, ese cadáver expuesto en el hospital Señor de Malta, durante media hora, a las cámaras de foto y de cine, ¿era el de Guevara o el de un sosías? ¿O era sí, el de Guevara, pero traído desde Cuba por alguna red de espionaje, como juran los *gusanos* exilados en Miami? ¿Muerto o fantasma? A fines de la semana pasada, ningún ser consciente podía responder a estas preguntas. Las contradicciones en que incurrieron las autoridades bolivianas, la torpeza con la que actuaron, las evidencias que huelen a preparación, inclinaban al mayor escepticismo.

Con todo, la insistencia de esas propias autoridades en que el muerto exhibido en la lavandería era el *Che*, reducía levemente las dudas. El silencio de Castro —uno de los pocos que deben conocer el paradero de Guevara, vivo o muerto— y de su prensa también dejaban que pensar. "Si tanto insiste el Gobierno en afirmar que Guevara perdió la vida a manos de su Ejército, es porque sabe que no se está exponiendo a una befa", sostuvo un corresponsal alemán, el viernes, en el bar del hotel Sucre, de La Paz.

Ahora bien, ¿cómo lo sabe? ¿Por la ayuda de algún expertísimo servicio de informaciones, o por una certeza apoyada en investigaciones serias, en compulsa de documentos irrefutables? ¿Y si, cualquiera de estos días, en cualquier lugar del mundo, La Habana inclusive, sale a la luz un Ernesto *Che* Guevara? Tampoco estas otras preguntas lograban contestación en La Paz ni en Vallegrande. La leyenda puede más, casi siempre, que las explicaciones sencillas. Pero el mismo Gobierno Barrientos y sus altos mandos militares contribuyeron a esa leyenda, si es que no la crearon.

Leyenda o macabra comedia de equivocaciones que empezó hace tres meses, a mediados de mayo, cuando un oficial del Ejército boliviano sostuvo en Bogotá que el *Che* peleaba en Bolivia con la guerrilla dirigida por Roberto *Coco* Peredo y descubierta el 23 de marzo, al sostener su primer encuentro con las tropas regulares, en Ñancahuazu. Hacia julio, el panfletista francés Régis Debray declaraba en Camiri que el 18 de abril se había entrevistado con Guevara, en Muyupampa. Poco después, era fácil comprar en La Paz "fotografías" del *Che* en Bolivia, siempre que se dispusiera de 100 dólares. En agosto, ya habían bajado de precio, costaban una bagatela.

Para ese entonces, el Gobierno y las Fuerzas Armadas reiteraban la presencia de Guevara en el país. Hasta tal punto que el 11 de setiembre, el Presidente René Barrientos Ortuño ofreció una gratificación de 50.000 pesos (unos 5.000 dólares) a quien aportara datos sobre el guerrillero o a quien lo entregase vivo o muerto. Once días más tarde, en Washington, durante la 12ª Reunión de Consulta de la OEA, el Canciller de Bolivia mostró a sus pares —desde luego, sin cobrarles nada— una docena de "fotografías" y una serie de *slides* en que el *Che* aparecía en la selva boliviana (una de ellas ilustra la tapa de Primera Plana). Los Cancilleres echaron un vistazo desganado y no se pronunciaron positivamente sobre el material.

Hasta el periodista Guillermo Martínez Márquez, un exilado cubano que escribe en *La Prensa* de Buenos Aires, se mostró poco entusiasmado por los documentos. Uno de los Ministros dijo a un corresponsal de Primera Plana: "Parece Guevara, en unas dos o tres fotos. Pero, ¿no serán de la época de Sierra Maestra?" El Comandante de las Fuerzas Armadas de Bolivia (y ex Copresidente Provisional), general Alfredo Ovando Candia, no pensaba lo mismo: el 24 de setiembre, en Santa Cruz, declaró en un mitin que la captura de Guevara era inminente. Tan inminente que, a las 48 horas, cuando una patrulla militar liquidaba a *Coco* Peredo, las agencias noticiosas de La Paz dieron por muerto a Guevara. El Gobierno desmintió esos despachos; era Peredo, jefe de la guerrilla, el finado (ver Nº 249): había caído cerca de Higueras, una localidad situada a 35 kilómetros al Noroeste de Vallegrande, que a su vez queda a 550 km al Sudoeste de La Paz.

De ahí en adelante, sólo restaba es-

United Press - Rojo Anglada

La cabeza yacente del presunto Ernesto Guevara y los sitios donde fue tomado preso y murió.

perar. "Si Guevara está todavía en Bolivia, aquí encontrará su tumba", se precavió Barrientos el 1º de octubre, durante una visita relámpago a Camiri. Al parecer, la encontró. Sólo el jueves pasado, en La Paz, el enviado de Primera Plana, Roberto García, pudo reconstruir la confusa historia contada por las autoridades bolivianas y detectar sus contradicciones.

Un litro de formol

El domingo 8, a las 13.15, en un cañadón llamado El Yuro, a unos siete kilómetros al norte de Higueras, el batallón Nº 2 de *Rangers* del Ejército (185 hombres) se traba en combate con una fuerza de cerca de 20 irregulares. A las seis de la tarde, mientras la batalla prosigue, los soldados capturan herido a quien hasta entonces solían denominar *el comandante Ramón*. Trasladado a Higueras, un oficial lo reconoce como Ernesto Guevara; dieciséis horas más tarde —a las 10 de la mañana del 9— muere.

¿Cómo se produjo el choque armado? Al parecer, desde la baja de Peredo, el Ejército había perdido contacto con los insurgentes. Sin embargo, gracias a la denuncia de un campesino (cuyo nombre sigue en reserva), ubicó a la veintena de guerrilleros en las proximidades de Higueras. Pretendió ser, según los mandos bolivianos, un golpe maestro de *Ramón:* refugiarse —según enseñanzas de Poe, no de Mao Tsetung— en un sitio que el Ejército no rastreaba, ya eliminado Peredo.

Suponen los militares que *Ramón*-Guevara peleó sentado (sufría, añaden, de una aguda afección en la cintura), bajo la custodia de *Julio, Arturo* y *Pombo,* su eterno guardaespaldas, quien luego huyó. La batalla fue, en general, cuerpo a cuerpo. Un soldado mortalmente herido por *Ramón* habría logrado, antes de expirar, inutilizar de un tiro la carabina del *Che*. Los acompañantes de Guevara murieron por violentos golpes en la cabeza y hondos puntazos de bayoneta.

En la noche del domingo 8, el comandante de la 8ª División, coronel Joaquín Zenteno Anaya, anuncia en Vallegrande que Ernesto Guevara "es uno de los cinco guerrilleros abatidos en Higueras" (luego fueron siete y después nueve). Lo dice a un núcleo de periodistas bolivianos y la noticia se propaga con toda velocidad. Faltaba, sin embargo, la palabra oficial.

En la mañana del lunes 9, los generales Ovando y David Lafuente (Comandante en Jefe del Ejército) vuelan hacia Vallegrande y presencian, en el aeropuerto, el embarque en un Douglas DC 3 de los cuatro soldados regulares caídos en combate. Unas 200 personas, amén de periodistas y corresponsales extranjeros, siguen a Ovando y su comitiva. El coronel Zenteno señala entonces que un helicóptero sale ya en busca del cuerpo de Guevara.

Momentos más tarde, a eso de las 5, regresa el helicóptero: trae el cadáver amarrado a las patas de aterrizaje. Un furgón Chevrolet lo transporta al hospital Señor de Malta; en la lavandería, un grupo de médicos y un extraño personaje, calvo, de unos 30 años, vestido con uniforme verde oliva sin insignias —a quien momentos antes se había oído hablar en inglés—, proceden a *embalsamar* a Guevara. Es decir: le practican una incisión en la garganta y por allí le inyectan un litro de formol, lo suficiente como para que el cadáver resistiese un mes. Ovando y su gente presencian la operación, de la que también participa una monja.

Barrientos: Los dos pulgares.

Ovando los reúne: pueden examinar el cuerpo, controlar impresiones digitales y cuanto quieran. Además, les ofrece una primicia: antes de morir, el prisionero dijo a sus captores: "Yo soy el *Che* y he fracasado". Se deja trascender que el cadáver será trasladado a La Paz y que en la mochila del guerrillero apareció un diario de sus actividades, escrito sobre una agenda alemana de productos medicinales. Los oficiales del Ejército describían los rasgos salientes del muerto como si hicieran la propaganda de un jabón: las célebres protuberancias frontales, la nariz recta, la famosa barbilla con un hoyo en el lado derecho, un pequeño lunar en la región superciliar derecha, la falta de un molar, el metro 75 de estatura, y, por sobre todo, las impresiones digitales. ¡Como para dudar!

Las dudas comenzaron enseguida. El cadáver expuesto en la morgue de Vallegrande tenía una notoria herida en la tetilla izquierda, de abajo hacia arriba, que —según algunos militares— le destrozó el corazón. Sin embargo, una persona con el corazón destrozado no puede vivir dieciséis horas, por más que sea Ernesto Guevara. Los médicos Abraham Battista y José Martínez confeccionaron un informe, que no fue suministrado a la prensa. Uno de sus párrafos dice: "El cadáver tenía de nueve a diez heridas de proyectiles pequeños, presumiblemente de calibre 38, en el pecho y en el tórax". Como es sabido, *Ramón* usaba siempre un chaleco a prueba de balas; además, en combate, los soldados emplean fusiles y sólo los oficiales llevan armas (pistolas) del calibre anotado por el informe médico.

Ovando: Cremar es un placer.

Un mar de torpezas

Luego fue el caos y las nebulosas:

• A mediodía del martes 10, la jefatura del Estado Mayor del Ejército confirma la muerte de Ernesto Guevara y de otros seis guerrilleros. El Presidente Barrientos declara que el cadáver no será traído a La Paz. "Creo que el sentimiento del pueblo boliviano es muy humano —pontifica—. La muerte nos une a todos. No tenemos por qué hacer exhibiciones. Creo que, muerto el señor Guevara, merece su entierro como guerrillero." El mismo día, en Buenos Aires, el Canciller Nicanor Costa Méndez señalaba: "Mi duda es doble, porque no tengo información de que Guevara haya estado o esté en Bolivia o haya sido muerto o hecho prisionero". También desconfiaba el padre del *Che*, Ernesto Guevara Lynch.

• El miércoles 11, en una avioneta, parte Roberto Guevara, uno de los hermanos del ex Ministro, hacia Santa Cruz de la Sierra; lo derivan a La Paz. En Bolivia, los mandos militares, sorpresivamente, anuncian que Guevara ha sido enterrado, al amanecer, en predios del Municipio de Vallegrande.

• El jueves 12, ya en La Paz, Roberto Guevara es recibido por el General Ovando, en su casa, en busca de la autorización para acceder a Vallegrande (por más que ya conoce lo del "entierro"). "Yo le firmo el permiso —concede Ovando—, pero no vale la pena. El cuerpo de su hermano ha sido incinerado." Antes, Barrientos había dicho a Primera Plana: "Le dimos un entierro cristiano, porque no queremos hacer exhibicionismo con los muertos. A esta altura, además, el cadáver debía estar en avanzado estado de descomposición". ¿Y el formol, y los cuarenta días?

Con todo, Barrientos no dijo una palabra de la quema del cuerpo. Lo hizo recién en la noche del jueves 12, cuando la novedad trasmitida por el general Ovando se había divulgado a diestro y siniestro. El Secretario de Estado norteamericano eligió ese tropezado día para sentenciar: "Mi Gobierno no tiene ninguna duda de que el *Che* Guevara ha muerto en Bolivia". *Gramma*, en La Habana, publicaba once despachos de prensa sin abrir comentario; la radio y la televisión observaron un mutismo similar. El 12, en fin, partían de Buenos Aires a Vallegrande dos expertos en dactiloscopia, enviados por el Gobierno argentino.

• Tal vez por eso, el viernes 13, el Presidente Barrientos disparó otra sorpresa: el Ejército tenía en su poder los dos pulgares de las manos de Guevara. "El resto del cuerpo ha sido incinerado", repitió. El viernes, en fin, el doctor Martínez desconfiaba de la cremación: "No hay elementos para eso aquí, en Vallegrande —opinó—.

Creo que, simplemente, el cadáver fue sepultado en una fosa común".

• El sábado, sin poder ver el cuerpo de su presunto hermano, Roberto Guevara volvía a Buenos Aires, desde Vallegrande. Le sobraban motivos para sospechar de cada una de las informaciones brindadas por el Gobierno y el Ejército, de la principal, sobre todo: de que el *Che* había sucumbido.

Nueve con un sol

En *Los últimos días coloniales del Alto Perú*, Gabriel René Moreno menciona esta anécdota: un Arzobispo recibe a un boliviano y le dice: "Tomen asiento ustedes, por favor". El boliviano, sorprendido, pregunta: "¿Por qué me trata en plural si soy uno solo?" El sacerdote sonríe y contesta: "Los bolivianos siempre son dos, el que se ve y el que llevan dentro".

Esta cita hubiera servido para el diario del *comandante Ramón* (si es que alguna vez llevó un diario, si es que alguna vez existió en Bolivia un comandante Ramón, si es que Ramón era Guevara). En muchas de sus páginas, dedica especial atención a la actitud del campesinado: "Son gente difícil, casi imposible, impenetrables como piedras, se les habla y en la profundidad de sus ojos se nota que no dan crédito". Tal vez esas líneas explican la derrota de los insurgentes bolivianos: todas las bajas proceden de las denuncias, nunca de la eficacia militar.

El mismo *Ramón*, un día antes de su muerte, advierte que están por delatarlo: "Nos cruzamos con una vieja que no nos dio ninguna noticia fidedigna sobre los soldados, contestando a todo que no sabe, que hace mucho que no va por el pueblo. Después le dimos 50 pesos con el encargo de que no hable una palabra, pero con poca confianza de que cumpla sus promesas". A las 24 horas, por denuncia de un labrador, caía herido y prisionero.

En su agenda, *Ramón* desconfía del guerrillero Moisés Guevara y de los efectivos que éste reclutó en las minas: Moisés Guevara fue muerto con otros guerrilleros en un sorpresivo ataque del Ejército. Pero casi nadie duda, en Bolivia, de que él era el enlace con las Fuerzas Armadas. La misma posición comparten Vicente Rocabado, ahora testigo contra Debray y ex policía en Camiri, y José Carrillo, el único hombre del Grupo Joaquín que consiguió salvar el pellejo.

El Presidente Barrientos, en una entrevista concedida a Primera Plana, alabó las tareas del Departamento de Informaciones: "Algún día —afirmó— se podrá conocer la historia de estos héroes". Mientras tomaba dos tazas de café y comía sandwiches de jamón, vestido con campera y corbata, el aviador Barrientos deslizó su respeto por Guevara y acusó a Fidel Castro de "insano mental". Se extinguía la tarde en su residencia de La Florida y el Presidente sostuvo "que no conocía, realmente, todos los detalles" sobre la muerte del *Che*. (Hasta fines de la semana pasada, el Poder Ejecutivo no había emitido nota o comunicado confirmando esa muerte.)

Mientras acariciaba su cara roja, el Presidente se quejó de los periodistas extranjeros y de su cobertura del caso Debray, y anunció el viraje del marxista francés: Debray, el 11 de octubre, en Camiri, se declaró "corresponsable de los delitos que se le imputan". Luego, explicando con dedos y manos, Barrientos se sumió en un monólogo, por momentos sensato:

"Los hombres como Guevara tienen que entenderlo. En nuestro hemisferio, las transformaciones no se logran con la guerrilla. No vaya usted a pensar que ahora nosotros vamos a replegarnos a las trincheras imperialistas. No, nada de eso. Sólo que la guerrilla es cosa de locos, como Castro, o de idealistas, como Guevara. Ahora, aquí, eso ha terminado".

A lo largo de la semana, en La Paz, la muerte del *Che* se repartió en dos bandos: los creyentes, los incrédulos. Un lustrabotas y una chola que vende diarios, dialogan:

—Yo sé que a mí no me iba a dar de comer, pero ¡pobre hombre!

—¿Y qué quería en Bolivia, si era argentino? ¡Que arregle su país!

No hubo alegría, no hubo manifestaciones. El Día de la Raza, los paceños se concentraron en la calle principal para ver a dos equilibristas que se ejercitaban a veinte metros de altura; en el estadio Olimpia, para gozar con los bailarines autóctonos, o en San Pedro, donde dos toreros mexicanos los llenaron de suspenso.

Siles Salinas: El 3,5 por ciento.

Emilio Bueno, un estudiante universitario, reconoce que la guerrilla acaba de sufrir un golpe rudísimo. "Mejor —añade—. El *Che* será ahora una bandera que llevarán todos los pueblos del mundo. Esto es mejor que su presencia física. Además, todavía quedan nueve con un sol." Alude a los nueve guerrilleros que escaparon a la acción de Higueras, y a cuyo frente marcha Guido *Inti* Peredo, hermano menor de Roberto (*Inti*, en quechua, sol).

Pero la guerrilla no parece admitir el ocaso que le vaticinan las autoridades bolivianas. A fines de la semana pasada, en el mismo lugar en que cayó su jefe, los irregulares voltearon a seis soldados. Para algunos observadores, se trataba de las últimas acciones de un organismo en desbande; no todos, sin embargo, compartían tan alegre interpretación.

Entre tanto, La Paz continúa sin alterarse. Ni siquiera advirtió que el Congreso, al permitir un discurso del general Ovando, el miércoles pasado a la noche (durante el homenaje del Poder Legislativo a las Fuerzas Armadas), transgredía la Constitución. Por su parte, los funcionarios del Gobierno prefieren vivir la euforia que sigue a una pesadilla aventada.

"Todo ha terminado —sentencia el Vicepresidente Adolfo Siles Salinas—. Sólo hay que cubrir el déficit ocasionado por los insurgentes, una estimación del tres y medio por ciento de nuestro Presupuesto Nacional." Mientras juega con su anillo nupcial, el hábil abogado ensalza la "eficiencia del programa económico y social a cumplirse. Son muchas las cosas que necesita Bolivia. Ahora quedan nueve hombres que molestan, y nada más".

En su despacho del Parlamento, recostado en un rojo sillón Luis XV, Siles dibujó a Primera Plana un panorama alentador: "La guerrilla sólo ha servido para consolidar al Presidente en el poder, como usted sabe. A principios de año, teníamos muchas dificultades. Ya no. Además, los partidos políticos se han dividido y debilitado; hay una fractura en cada uno de ellos". Es cierto: Barrientos salió fortalecido de estos episodios.

En cambio, nadie podría asegurar que los partidos están en la crisis que anuncia Siles. "Son una gran amenaza", exageró un líder de la Falange. Son, en todo caso, rivales a quienes no conviene desdeñar.

Mis universidades

Pues bien: si el cadáver fue incinerado, si sólo quedan de él dos trozos de carne profanada, ¿habrá que considerar muerto a Ernesto Guevara, hijo de Ernesto Guevara Lynch y Celia de la Serna, nacido en Rosario, Santa Fe, el 6 de junio de 1928? A fines de la semana pasada, sus numerosos amigos y admiradores de la Argentina vacilaban de la misma manera que, según cable de Osiris Troiani, la prensa moscovita; o tomaban la actitud del Canciller de Cuba, Raúl Roa, quien dijo a Primera Plana en las Naciones Unidas: "Las noticias aún no están confirmadas". Un escaso diez por ciento de los 26 parientes, conocidos y seguidores del *Che* a quienes consultó esta revista, en los últimos días, aceptó la tesis de La Paz.

Esa extensa consulta sirvió para otro fin: reconstruir la biografía de Guevara en la Argentina y hasta que desembarca del *Gramma*, a fines de 1956, en tierra cubana. Lo que damos a continuación es la síntesis de un trabajo de 17.200 palabras compilado por Julio Algañaraz con la ayuda de los corresponsales en Córdoba, Rosario y Mar del Plata.

Primogénito de cinco hijos, el *Che* pasó con su familia, poco tiempo después de nacer, de Rosario a Caraguatí, Misiones, donde el padre había comprado un yerbatal no demasiado extenso. Los otros hermanos de Ernesto: Roberto, Celia, Ana María y Juan Martín. El asma se ensañó con el *Che* desde la infancia; y este hecho, unido a la marcha infeliz de los negocios del arquitecto Guevara Lynch,

motivaron una segunda mudanza: esta vez, a Alta Gracia (Córdoba), luego de una breve estada en una quinta de San Isidro (Buenos Aires).

Dice Cayetano Córdova Iturburu, tío político de Ernesto (su esposa, Carmen de la Serna, es la hermana mayor de la madre del *Che*): "Desde muy chico fue mostrando los rasgos de una fuerte personalidad. Era muy corajudo, le gustaba irse a los cerros y trepar horas y horas. En un baldío, cerca de su casa, había un carnero bravo, ningún chico se le animaba. Salvo Ernestito, que lo toreaba siempre. En varias ocasiones, el animal lo revolcó, pero Ernestito se reía. También solía irse a los cerros con acuarelas y pintaba paisajes bastante decentes". Por aquel entonces, el caudillo radical Héctor Llorens solía montar al niño en su auto y devolverlo a la ciudad.

Cuando tenía ocho años, un adolescente de trece entró a trabajar en la empresa de construcción del arquitecto Guevara: es Armando March. El jueves, en Mar del Plata, el dirigente sindical memoró a su amigo de entonces: "Siempre revelaba una enorme curiosidad por las cosas, y mucha vivacidad. Esas ansias de vida le permitían influir sobre sus compañeros de más edad. Vivía organizando excursiones a los cerros, era un aventajado alumno en la escuela. Desde joven desarrolló un espíritu de autocrítica que lo llevaba a examinar, cuidadosamente, cada uno de los actos que realizaba. Sufría penosas decepciones cuando los resultados no eran los previstos".

Junto a su casa en Alta Gracia, solía maravillarse con la música que el médico español Juan González Aguilar (ex Viceprimer Ministro de la República) arrancaba de su laúd, o con las historias de otro futuro médico, Alberto Granado, que hoy reside en Cuba. En 1941, el *Che* termina el sexto grado primario en la Escuela Provincial; la familia se radica, enseguida, en la capital cordobesa, e inscribe a Ernesto en el Colegio Nacional Deán Funes, un templo de la aristocracia local. Allí, en la ciudad, siguió añorando las sierras, a las que visitaba regularmente.

Carlos López Villagra, compañero de Guevara, retrató ante Primera Plana al muchacho de aquella época: inquieto, brillante, irónico, popular. "Aprendía sin dificultad —relata—. A veces, llegaba al Colegio y preguntaba el tema que se iba a tratar en tal o cual materia. Se hacía dar una explicación somera y si le tocaba dar lección, se lucía como un erudito.

"En otra oportunidad, Ernesto discutió con el profesor de Literatura, el doctor Díaz, sobre clásicos españoles. De pronto, se cansó: «¿Sabe lo que pasa, doctor? Usted ha leído mucho y se le ha hecho un barullo en la cabeza».

"El profesor rió de buena gana y le puso un 10. Un compañero —prosigue López Villagra— lo invitó a su casa cuando estábamos en tercer año. En un desván encontraron varios colchones. A los dos les intrigó saber qué contenían. Ernesto buscó un cuchillo y, sin más trámite, despanzurró uno de los colchones. La pieza se llenó de lana."

Aficionado a las largas caminatas, no practicaba ejercicios físicos en el

En la Sierra Maestra (1958) y con su madre y su hermana Celia (1938).

Deán Funes: culpa del asma, certificada por el doctor Galán, de Alta Gracia. De aquellos años data su amistad con Gustavo Roca (hijo de Deodoro, el redactor del Manifiesto Liminar de la Reforma, en 1918). "Su promedio general en el secundario —informó a Primera Plana— fue de siete. Tuvo que rendir examen muy pocas veces." Luego memora la poca importancia que el *Che* otorgaba a las convenciones ("Una vez llegó al palacio de los Ferreyra con un zapato de un color distinto al del otro"), o el entusiasmo con que se enfrascaba en la lectura de *Las mil y una noches* (traducción Madrus), que había en casa de los Roca.

La familia Ferreyra, precisamente, esto es *Cuco* y *Chichina* Ferreyra, brindó su estancia Malagueño a un grupo de muchachos —entre ellos Guevara—, ávidos de discusiones y de diversión. "Lo habíamos visto —narra Tatiana Quiroga de Roca— con los González Aguilar, de quienes éramos amigos. Pero fue cuando el casamiento de Carmen [González Aguilar] cuando lo conocimos mejor y nos deslumbró con su personalidad." "Nos fascinó su físico obstinado y su carácter antisolemne; su desparpajo en la vestimenta nos daba risa y, al mismo tiempo, un poco de vergüenza. No se sacaba de encima una camisa de nylon transparente que ya estaba tirando a gris, del uso. Se compraba los zapatos en los remates, de modo que sus pies nunca parecían iguales. Eramos tan sofisticados que Guevara nos parecía un oprobio. Él aceptaba nuestras bromas sin inmutarse", agrega *Chichina* Ferreyra de Sánchez (de quien, al parecer, estaba enamorado el *Che*).

Una noche, durante una reunión, Guevara afirmó: "Churchill es un político de pacotilla". Hubo un silencio embarazoso y, enseguida, un debate a voces. Para peor, ese día —cuenta uno de los testigos—, Ernesto tenía un tajo en el pantalón, que había *cosido* con una curita. Semejante anticonformismo le valió, entre sus amigos, el mote de "Pitecantropus Erectus".

A Guevara le encantaba disfrazarse; su creación predilecta era encarnar a Gandhi. Frugal en sus comidas, se contentaba a menudo con papas hervidas y zanahorias con aceite crudo. Nunca tomaba alcohol; sí, en cambio, océanos de mate. Tatiana Quiroga y López Villagra coinciden en que el *Che* era un lector infatigable. De sus últimos años en el Deán Funes data su interés por las obras marxistas.

En 1946, Ernesto Guevara obtuvo su diploma de bachiller. La familia cumple su cuarto traslado: ahora, a la ciudad de Buenos Aires, a una casa de la calle Aráoz. Pero para Guevara, que se consideraba un "rosarino por accidente", su infancia y adolescencia cordobesas quedarían grabadas a fuego. Cuando era Ministro de Industrias de Cuba, asistió a una reunión de las Naciones Unidas. En Nueva York volvió a encontrarse con *Cuco* Ferreyra, Magda y Dolores Moyano, que vivían allí. Magda lo llevó a comer a casa de una Rockefeller con ideas liberales. "Me encontré con un pedazo de Córdoba", habría de comunicar, alborozado, a Gustavo Roca.

Guevara se matriculó en 1947 en la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires. Dice *Policho* Córdova Iturburu: "Era un deportista. Nadaba y sabía jugar al golf; lo aprendió en Alta Gracia, haciéndose amigo de los caddies. Cuando vino a Buenos Aires jugaba al rugby [en el San Isidro Club, donde llegó a participar en matches de primera división]. Por su asma, a veces debía interrumpir el juego, correr hacia un costado e inhalar el vaporizador que invariablemente llevaba consigo. Después, seguía jugando".

Córdova recuerda que, durante su carrera universitaria, *Che* hizo varios viajes al exterior, "empleándose como marinero o enfermero en barcos de la Flota Mercante. Estas escapadas no lo retrasaron en sus estudios. Además, tenía imaginación. Con un amigo [Alberto Figueroa] fabricaron un insecticida al que bautizaron Vendaval. En realidad, era sólo Gamexane y talco. Encargaron a una cartonería cajitas redondas y etiquetas con la marca estampada, y salieron a vender Vendaval por las ferreterías. Lo fabricaban en el garaje de la calle Aráoz".

En 1950, Guevara recorrió 12 provincias en una bicicleta a la cual había acoplado un motorcito italiano Micrón. Al terminar la *tournée*, despachó esta carta a los representantes de la firma:

"23 de febrero de 1950 - Les envío para su revisación el motor Micrón que Uds. representan y con el que realicé una gira de 4.000 kilómetros, a través de 12 provincias argentinas. El funcionamiento del mismo, durante la extensa gira, ha sido perfecto y sólo he notado al final que había perdido compresión, motivo por el cual se los remito para que lo dejen en condiciones. Ernesto Guevara Serna". Los directivos de la empresa, sorprendidos por la hazaña del *Che*, la dieron a conocer mediante un aviso en la revista semanal *El Gráfico;* en ella aparece una foto de Guevara montado en la rauda bicicleta.

Evoca March: "Siendo Ernesto estudiante de Medicina, su madre fue intervenida en un seno a raíz de una presunta tumoración maligna. El *Che* quedó tremendamente afectado y montó en su casa un pequeño laboratorio donde, con cobayos y soluciones de petróleo, hizo algunas experiencias relacionadas con la enfermedad de la madre. Este dato es importante, porque revela su espíritu activo".

De La Paz a La Habana

En 1952, Ernesto Guevara inicia su vagabundeo americano. Junto a Granado, y en moto, cruza la Cordillera de los Andes. Los dos amigos pasan después a Perú, donde Granado, ya médico, trabaja en un leprosario de Iquitos durante tres meses. Uno de los asilados les regala una canoa, y encima de ella, por el Amazonas, acceden a Colombia. La Policía del Dictador Laureano Gómez los expide a Venezuela; desde allí se van a Miami.

El avión que utilizaron (dedicado al transporte de caballos) debía retornar a la Argentina en un par de días; pero se demoró un mes. "Durante ese tiempo —señala *Jimmy* Roca, hoy arquitecto— compartimos la indigencia de la vida de estudiante que yo llevaba. Nos pasábamos tomando cerveza y comiendo papas fritas: no había para más. El tema de la vivienda en América latina obsesionaba a Ernesto. Al fin, salimos de la miseria cuando conseguimos un empleo inesperado: limpiar el departamento de una azafata cubana que recalaba en Miami." Una amiga cordobesa había dado al *Che* 15 dólares para que le comprara un traje de baño: "Nunca se los gastó —relata ahora— y me trajo una malla estupenda. Era insobornable".

De regreso en Buenos Aires, Guevara se apura en recibirse. *La Prensa* afirma que militó en un "Movimiento Monteagudo", antiperonista. Tanto Córdova Iturburu como el abogado Ricardo Rojo aseguran que no desempeñó actividades políticas en aquellos tiempos. En 1953 se gradúa de médico y comienza a especializarse en alergia y enfermedades de la piel con Salvador Pisani, profesor de la Facultad que lo consideraba su discípulo (hoy está muerto); escribe, entonces, en revistas médicas de la Argentina y Chile.

También en 1953 emprende su segundo viaje, que habría de llevarlo hasta un cargo oficial en La Habana. Tomó el tren a La Paz, con su amigo *Canica* Ferrer, cordobés; el padre, la madre y Armando March despiden al *Che* en la estación de Retiro. En la Capital de Bolivia —cuyo Gobierno ejerce Víctor Paz Estenssoro—, Guevara frecuenta la casa del líder político tucumano Isaías Nougués, exilado antiperonista. Otro de los habitués es Ricardo Rojo, fugado de una comisaría de Buenos Aires, y refugiado en La Paz tras una estancia en Chile. Durante un *locro* ofrecido por Nougués a sus compatriotas, Rojo conoce a Guevara: el joven médico le anuncia que está por partir a Venezuela, contratado por un leprosario. "En 1953 —sostiene Rojo—, Ernesto era un rebelde nato. La injusticia social que observaba en su viaje anterior lo rebelaba y enfurecía."

En su camino a Venezuela, donde nunca entró, el *Che* se detiene en las ruinas del Cuzco y Macchu Picchu, alcanza Guayaquil; sus compañeros: Ferrer y Rojo; sus medios de tránsito: los pies, el dedo, el ferrocarril. En una pensión de Tolima, en Colombia, encuentra a tres argentinos: *Gualo* García, Andro Herrero, Oscar Valdovinos. Los seis deben separarse para tocar Panamá en los barcos de carga de la United Fruit; Rojo y Valdovinos llegan los primeros y aguardan 45 días, sin noticias del *Che*. Poco después, Rojo se suma al automóvil de los hermanos Walter y Domingo Beveraggi Allende, quienes van en procura de Chile. Cruzan El Salvador, Honduras, Nicaragua; en este último país, mientras avanzan en medio de una tempestad tropical, Rojo ve venir por la carretera a dos hombres. "¡Pará!", grita a quien conduce. Son Ernesto Guevara y *Gualo* García.

Después, siguen a Costa Rica. En un café escuchan a un grupo de cubanos narrar el asalto al Cuartel Moncada. "¿Por qué no se cuentan una de cowboys?", se burla el *Che*. De Costa Rica van a Guatemala, donde se alojan en una pensión de la calle 23, en la Capital, el mismo domicilio de Hilda Gadea, una joven peruana que se casará en 1955 con Guevara, en México, con Raúl Castro como padrino. En 1954, durante la sedición de Castillo Armas, estalla el Guevara militante: admirador del Presidente Arbenz, quiere salvar al régimen organizando batallones de obreros.

Las actividades de *El Loco Argentino* (así lo llaman) lo indisponen con los insurgentes, que resuelven liquidarlo. El Encargado de Negocios de la Argentina, Nicanor Sánchez Toranzo (hermano del general), enterado del complot, sale en busca del *Che*, a quien localiza tras ardua pesquisa. "No sabía que yo era tan importante", comenta Guevara. Pero decide seguir la lucha. Sánchez lo disuade y le da asilo en la Embajada. Su nuevo destino: Ciudad de México.

Allí reencuentra a Hilda Gadea, mientras se gana la vida sacando fotos en las calles a los turistas (en Guatemala había vendido enciclopedias). Entonces conoce a Raúl Castro; y en 1956, cuando llega al país amnistiado por Batista, a Fidel Castro, a cuyo Movimiento 26 de Julio se une. El plan de los cubanos: desembarcar en Oriente, para apoyar el levantamiento de Frank Pais en Santiago. A un viejo barco, el Gran Ma, con capacidad para 20 personas, trepan 82.

Luego de azarosas peripecias ponen pie en Belic, cerca de Manzanillos, sólo para recibir el ataque combinado de la Aviación y el Ejército de Batista. De los 82, sólo quedan vivos 12; el *Che*, que lleva una caja de metal cargada con municiones, se interna en los pantanos. Una bala rebota contra la caja y penetra por el cuello de Guevara, sector izquierdo, y sale por el hombro derecho. Ninguna lesión importante; sí, en cambio, una cicatriz visible que no mencionan los partes de los militares bolivianos. El 6 de enero de 1959, los guerrilleros dirigidos por Fidel Castro ingresan en La Habana y toman el Gobierno.

Lo demás, es historia reciente. Su segundo casamiento, el 2 de junio de 1959, con Aleida March, una cubana con la que tendrá tres hijos (una niña había nacido de su unión con Hilda Gadea). Su nombramiento como presidente del Banco Central y, en 1961, como Ministro de Industrias; sus discursos, en su libro sobre la guerrilla, su amistad con su compatriota Julio Cortázar, que lo convierte en el protagonista de "Reunión", uno de sus cuentos maestros (incluido en *Todos los fuegos el fuego*, 1966).

Curiosamente, Guevara habría de retornar dos veces a la Argentina (cu-

Ricardo Rojo

El Che con Granado y su esposa Aleida, en los cañaverales de 1963.

Vietnam: La soledad norteamericana

"Dos declaraciones acaban de acentuar aún más el aislamiento en que se debaten los Estados Unidos", editorializaba, días atrás, *Le Monde*. Sin embargo, las palabras del Diputado Pierre Mendès France, en París, y las del Ministro de Defensa indio, Swaran Singh, no eran sino un agregado a la condena de la política norteamericana en Vietnam estallada en las últimas semanas, la más intensa desde que el Presidente Johnson ordenó la "escalada" en febrero de 1965. Países amigos de USA como Canadá, Suecia, Etiopía o Indonesia; miembros de la NATO como Holanda, Dinamarca y Noruega, se han unido a la campaña. En Europa occidental, sólo siguen calladas Gran Bretaña, Italia e Irlanda.

Al mismo tiempo, la "línea dura" del Pentágono alcanza el máximo de su presión para que Johnson autorice el cruce del Paralelo 17º y el aniquilamiento del puerto de Haiphong. Se trata de la segunda ofensiva desencadenada por los militares gorilas en el espacio de un mes y medio (la anterior data de fines de agosto); la denunció el Senador Vance Hartke, demócrata de Indiana, con esta frase: "Espero que el Presidente no ceda y rezo por ello".

A su vez, el general William Westmoreland insiste con nuevos pedidos de refuerzos: después de diez semanas de combate en Con Thien, junto a la frontera de ambos Vietnam, las fuerzas del Norte practicaron un leve repliegue; según Westmoreland, para lanzar otro asalto en un punto distinto. Los militares, en Washington, se quejan: sus feroces bombardeos sobre la Zona Desmilitarizada no sirven para anular la artillería enemiga, sólidamente atrincherada; proponen, entonces, invadir Vietnam del Norte. A su vez, la semana pasada salió a publicidad una formulada en agosto 25, ante una comisión del Senado, por el Secretario de Defensa: los bombardeos en el Norte —dijo Robert Strange McNamara— no limitan la ayuda que Hanoi presta a los guerrilleros del Vietcong. McNamara, que hace dos años aceptó aquella estrategia, insiste ahora en construir una barrera electrónica en la frontera. Sus ideas siguen disgustando a las "palomas" y a los "halcones": cada tanto, se rumorea su renuncia.

Más cerca del Pentágono parece el Secretario de Estado: colérico contra los objetores de la guerra, el mediocre Dean Rusk sostuvo el jueves 12 que las gestiones de paz no progresan por culpa del Presidente Ho Chi Minh. Tiene razón: ¿cómo es posible que un país tan pequeño continúe resistiéndose a la potencia rectora del mundo, que después de tantos millones de toneladas de explosivos lanzados sobre su territorio y sus habitantes, ese país persista en no rendirse, y tenga el descaro de responder a los ataques norteamericanos? Si hasta el general Nguyen Van Thieu, Presidente electo del Vietnam del Sur, se ofrece a conversar con el salvaje de Ho.

Pero Thieu se ha vuelto conciliador por conveniencia: es el pueblo sureño el que ahora pide la paz. El 24 de setiembre, a 21 días de los comicios parciales, estudiantes de cuatro Universidades manifestaron para reclamar la anulación de esos comicios, el fin de los bombardeos en el Norte, el cese del fuego en todos los frentes, y el retiro de las tropas invasoras de USA (ver Nº 249).

El Gobierno detuvo durante una semana a Truong Dinh Dzu, el candidato pacifista batido el 3 de setiembre, so pretexto de que había emitido un cheque sin fondos; luego, lo colocó bajo arresto domiciliario. Para frenar a los estudiantes, envió contra las manifestaciones a la experta Policía de Saigón; y para derrotar un nuevo alzamiento de los budistas militantes, a quienes encabeza el Venerable Tri Quang, amenazó con promulgar una ley reconociendo al ala moderada, cuyo jefe es el Venerable Tam Chau, como única Iglesia budista legítima. Los militantes pasaron a los hechos: Tri Quang, con una huelga de hambre en los jardines del palacio presidencial; dos monjas, con su inmolación por el fuego. El martes 10, Tri Quang cancelaba su vigilia (luego de 13 días), y el Gobierno prometía olvidar la ley religiosa.

El domingo próximo, los 5.800 electores surgidos de los comicios de setiembre 3 deben votar entre 1.200 candidatos, para designar a los 137 miembros de la Cámara de Diputados. Es el último paso para que el Vietnam del Sur se convierta en una "democracia", como quieren los Estados Unidos. Ya el 2 de octubre por un escaso margen de votos (58-43), la Asamblea Constituyente había convalidado las elecciones del 3, de donde salieron el Presidente, el Vice y los 60 Senadores: echaba así un manto piadoso al fraude comprobado. ◆

François Sully-Newsweek

Budistas en Saigón: Quejas.

yo mapa ostentaba una pared de su despacho en el Ministerio de Industrias). La primera, el 18 de agosto de 1961, aunque sólo por cuatro horas, cuando vino a Punta del Este por una reunión del CIES. En aquel momento, a cuatro meses del desastre de Bahía de Cochinos (*), los Presidentes Kennedy, Quadros y Frondizi se habían puesto de acuerdo en una maniobra diplomática tendiente a impedir el vuelco total de Cuba al campo socialista.

Guevara tiene una entrevista confidencial, en Punta, con Richard Goodwin, asesor de Kennedy. La reunión Frondizi-Guevara es concertada a través de Rojo y Jorge Carretoni; el Presidente argentino, temeroso de que una visita pública desencadene atentados contra el *Che*, prefiere el secreto. Envía a Montevideo un avión particular; y una hora antes de que el aparato despegue rumbo a Don Torcuato, llama al jefe de su custodia, un teniente de la Marina, y le ordena que se dirija al aeródromo con automóviles. "De una avioneta —le dice— verá usted descender un señor de barba, con uniforme militar. Cuando lo vea va a saber quién es. Me lo trae inmediatamente a Olivos."

La conferencia dura dos horas y no hay acuerdo; pero el tono es cordial. Poco después, Quadros recibe a Guevara y lo condecora; esa audacia termina con él: el 21 de agosto, renuncia. Frondizi es depuesto —entre otras causas, por su audiencia con Guevara— el 28 de marzo del año siguiente: en enero se había negado a votar la expulsión de Cuba de la OEA, en Punta del Este, aunque semanas más tarde rompió relaciones con La Habana.

La segunda vez que el *Che* estuvo en la Argentina fue hacia julio de 1966: rubio, totalmente afeitado y flaco, permanece en el país unos veinte días, varios de los cuales los pasa en Córdoba. Desde su entrevista con Frondizi, un lustro antes, habían corrido mares bajo los puentes:

• En marzo de 1965 regresa a La Habana tras una gira de cinco meses por la URSS, China comunista, Dahomey, Francia, Argelia. Entonces, escribe una carta a su madre; en ella anuncia que irá a cortar caña durante un mes y luego "a dirigir una empresa". Celia de la Serna muere el 18 de mayo siguiente, de cáncer, en Buenos Aires, sin conocer la carta, cuando estallaban las conjeturas sobre la suerte de su hijo, ausente de los festejos del 1º.

• Los testimonios recogidos por Primera Plana entre los allegados más íntimos de Guevara permiten aseverar que, al salir de Cuba, el *Che* partió al Congo (vuela allí desde El Cairo), donde está unos nueve meses con las guerrillas del chinoísta Pierre Mulele. Regresa a Cuba hacia marzo del 66.

• En setiembre del año pasado se interna en Bolivia. ◆

Copyright Primera Plana, 1967.

(*) Durante la lucha que detuvo la invasión patrocinada por la Casa Blanca, el *Che* recibió un tiro de calibre 45 que le rozó un pómulo, dejándole una cicatriz extremadamente visible, de la que tampoco rinden cuenta las informaciones oficiales bolivianas.